

CAPITULO XVI.

Que se presenten al punto
 Los dos aquí en mi presencia :
 Quiero ver á estos rivales
 Que la cólera atormenta.
 Oiré del uno los cargos,
 Y del otro la defensa ;
 Y veré como su orgullo,
 Su odio y su furór se espresan.

SHAKESPEARE.

HE recibido órden de ir mañana á la corte , dijo Leicester á Varney , para encontrarme allí , segun se presume , en presencia de lord Sussex. La reina se propone intervenir entre nosotros , y he aquí el resultado de la visita que ha hecho á Say's-Court , y que le parece á vm. de tan poca monta.

— Repito que no debe darsele la menor importancia , respondió Varney ; y he sabido , porque me lo ha dicho una persona que podia oír gran parte de lo que allí se dijo , que Sussex ha perdido , en vez de ganar , con esa visita. La reina , al entrar en su barca , dijo que Say's-Court mas parecia á un cuerpo de guardia que á ninguna otra cosa ; y la condesa de

Rutland , que es siempre amiga celosa de vuestra señoría , dijo que oía como un hospital , ó mas bien como una de las tabernas en donde dan de comer á dos reales por cabeza. El obispo de Lincoln quiso añadir alguna palabrilla , y dijo que debia disculparse al lord Sussex en esa parte , por ser militar y solteron.

— ¿ Y como le respondió la reina ? preguntó Leicester con interes.

— Con entereza. Le preguntó que necesidad tenia lord Sussex de una muger , y el obispo de Lincoln de hablar de la materia. Si es permitido el matrimonio , añadió , no veo en ninguna parte que sea obligatorio.

— No le gusta que se casen los clérigos , dijo Leicester.

— Ni los cortesanos tampoco , añadió Varney. Pero viendo el gesto que puso el conde , añadió al momento que todas las damas se habian dado la mano para ridiculizar en extremo la casa de Sussex , y habian dicho que su magestad hubiera sido recibida muy de otra manera en casa del conde de Leicester.

— Le han dado á vm. muchas noticias , dijo Leicester , pero se olvida vm. de la mas interesante de todas , si acaso no la omite con todo cuidado. Ha añadido la reina un nuevo satélite á los que le gusta ver evolucionar en torno de ella.

—Vuestra señoría habla sin duda de Raleigh, de ese jóven del Devonshire, del caballero de la capa, como le llaman en la corte.

—Y que podrá serlo algun dia de la charretera, pues hace rápidos progresos en el favor de su magestad. Ha declamado versos con él, y le admite ya en su intimidad. En cuanto á mí, renunciaria de buena gana á la parte que poseo en sus inconstantes favores, pero no quiero que Sussex ó el reciénvenido me planten en la calle. Ese Tresilian es tambien uña y carne con Sussex. Quisiera contemporizar con él por consideracion á.... pero quiere correr desenfrenado á su pérdida. ¡Y ese Sussex! dicen que casi está enteramente restablecido.

—El mejor camino ofrece obstáculos, milord, sobre todo cuando conduce á una grande elevacion. La enfermedad de Sussex era para nosotros un favor celestial, y esperaba yo de ella grandísimas ventajas. Ha triunfado de ella, pero no por eso se ha hecho mas temible á vuestra señoría, que luchando contra él le ha aterrado muchas veces. Si no le falta á vm. valor, milord, todo se compondrá.

—Nunca me falta valor, Varney.

—No, pero flaquea mas de cuatro veces. El que quiere subir á la cima de un árbol no debe pensar en las flores que allí encuentre,

sino en asirse bien de las ramas principales que le sirvan de apoyo.

—¡Bien, bien! dijo Leicester con tono de impaciencia, comprendo lo que me quieres decir; pero seré firme, y tendré bastante resolution. Pon mi comitiva en órden, y cuida de que sea bastante espléndida para eclipsar no solamente el acompañamiento mezquino de Ratcliffe, sino el de los mas nobles cortesanos. Que todos esten bien armados, pero sin hacer parada de las armas, y llevandolas como un adorno sin manifestar la intencion de servirse de ellas, si llegase el caso. En cuanto á tí, te conservarás siempre á mi lado, porque tu presencia me podrá ser necesaria.

Iguales preparativos hacian por su parte Sussex y todos sus partidarios.

—El memorial de vm. contra Varney, dijo el conde á Tresilian, está ya en poder de la reina. Hesele enviado por conducto seguro. Creo que logrará vm. su objeto: la demanda está fundada en la justicia y el honor, é Isabel posee en sumo grado esas dos cualidades. Pero es preciso confesar que el Egipcio (asi llamaba á Leicester, porque era moreno) tiene todo el tiempo que quiera para poder hablarla en este tiempo de paz. Si estuviésemos en vísperas de hacer la guerra, seria yo uno de sus hijos queridos; pero los soldados, como

los escudos y las lanzas, no son de moda en tiempo de paz; las casacas de raso liso y los cuchillos de monte logran ahora la preferencia. Mas siendo esa la moda, no hay mas que agachar la cabeza y encogerse de hombros. — Blount, ¿has cuidado de hacer que todos los individuos de mi casa se hallen vestidos de nuevo y como corresponde? Pero tú entiendes, poco mas ó menos como yo, de semejantes fruslerías, y quisieras mas ir á apostar un piquete de lanceros.

— Raleigh se ha encargado de eso, milord, respondió Blount. ¡Par diez! todos estaremos tan brillantes como una mañana de mayo. En cuanto al gasto, ese es otro cantar; bastaria para sostener un hospital de inválidos lo que cuesta en el día el vestir á diez bribones de lacayos.

— No hay que detenerse por el gasto en esta ocasion, Nicolas. Agradezco á Walter el cuidado que ha tenido, y pienso que no habrá echado en olvido que soy un veterano, y que solo habrá dado á la moda lo que no haya podido rehusarle.

— No entiendo en eso una jota, milord; pero los amigos y parientes de vm. llegan de todas partes, y por mas que sude Leicester, espero que formaremos un acompañamiento tan brillante y temible como el suyo.

— Es preciso encargarse mucho que se conduzcan todos del modo mas moderado y pacífico; que no haya disputas, á no ser que nuestros contrarios lleguen á cometer algun acto de violencia. Sé que hay en mi comitiva algunos calaveras, y no quiero que con su imprudencia den á Leicester sobre mí la menor ventaja.

Estaba Sussex tan ocupado en dar estas diferentes órdenes, que con mucho trabajo logró Tresilian la ocasion de decirle que estaba admirado de que hubiese enviado tan pronto á la reina el memorial de sir Hugo Robsart. El parecer de los amigos de sir Hugo, le dijo, era reclamar primero la justicia de Leicester, por ser el culpable uno de los primeros oficiales de su casa, y asi se lo habia dicho á vm.

— No se necesitaba de mí para eso, respondió Sussex algo picado. Ni era cosa propia aconsejarse conmigo, si habia de tratarse de dar algun paso semejante de humillacion, ruego ó súplica ante Leicester; y estraño que vm., Tresilian, hombre de honor, y amigo mio, haya podido ser de ese parecer. Si es que vm. me lo ha dicho, yo no le he comprendido á vm. ¿Como esperar de su parte semejante proyecto?

— No soy yo seguramente, milord, el que

ha tenido tal pensamiento. Siempre he sido de opinion de acudir desde luego á la reina; pero los amigos de ese padre infeliz...

— ¡Los amigos! ¡los amigos! deben dejarnos conducir este asunto como juzguemos conveniente. Este es el momento de acumular todas las quejas contra Leicester y sus panaguados, y la reina mirará la de vm. como una de las mas graves. Ademas la cosa está hecha, tiene ya en su poder el memorial.

Tresilian no pudo menos de sospechar que Sussex, queriendo fortificarse contra su rival por todos los medios posibles, se habia apresurado á dar este paso para hacer odioso á Leicester, sin examinar bastante si seria probable que se lograra el fin; pero ya no habia remedio, y el conde terminó la discusion despidiendo á los que estaban á su lado. Que esten todos prontos á las once, dijo, porque es preciso que me halle yo á las doce en la corte y en la sala de audiencia.

Mientras los dos hombres de estado rivales se preparaban de ese modo á encontrarse juntos en presencia de la reina, Isabel por su parte no dejaba de tener alguna inquietud sobre lo que sucederia en el careo de dos enemigos tan altivos el uno como el otro, acompañado cada uno de ellos de una escolta numerosa y resuelta, y que dividian entre

ellos, en público ó en secreto, todos los votos y todas las esperanzas de la corte. Toda su guardia ordinaria se puso sobre las armas, y aun mandó venir un refuerzo de Londres. Hizo publicar una proclama prohibiendo á toda la nobleza acercarse á palacio con comitiva que llevase armas de fuego, ó lo que se llamaba armas largas, es decir, que sirviesen en tiempo de guerra. Decíase tambien que el gran gerif del condado de Kent tenia su milicia pronta á acudir á la menor señal.

Llegó por fin la hora de la audiencia, para la que se habian preparado por ámbas partes con tanta inquietud, y los dos condes, acompañado cada uno de ellos por una escolta numerosa, entraron al mismo tiempo en el patio del palacio de Greenwich al mediodia.

Ya sea que se hubiese dispuesto asi de antemano, ó ya que la reina hubiese dado alguna orden secreta para que asi se verificase, Sussex llegó de Depford por agua, y Leicester vino de Londres por tierra, de suerte que entraron en el patio por dos puertas diferentes. Esta circunstancia, insignificante por sí misma, dió sin embargo una especie de realce á este último á los ojos del pueblo: los que le escoltaban, montados sobre caballos soberbios, formaban una comitiva al parecer

mucho mas numerosa que la de Sussex, que por precision llegaba á pié; los dos condes se miráron uno á otro sin saludarse, aguardando quizá cada uno de ellos que el otro le diese una prueba de urbanidad que no queria él dar el primero. Al momento de su llegada diéron las doce; abriéronse las puertas de palacio, y los dos condes entráron con las personas de su comitiva que tenian derecho á este honor; los demas quedáron en el patio, mirando los del un partido á los del otro con desprecio y odio, y deseando al parecer un pretexto de llegar á las manos; pero los tuviéron á raya las órdenes de sus gefes, y quizá mas todavía la presencia de una guardia que se hallaba sobre las armas y era muy superior en número.

Al mismo tiempo los hombres mas distinguidos de cada comitiva habian seguido á los dos condes hasta la grande antecámara, como á dos ríos cuyas aguas, obligadas á entrar en la misma madre, parece se reunen de mala gana. Se colocáron, como por instinto, á los dos lados de la estancia, y formando la línea de separacion que al entrar se habia deshecho momentáneamente. Abrióse poco despues la grande puerta del fondo de la antecámara, que era una larga galería, y anunció un portero que la reina estaba en la sala de

audiencia. Los dos condes se adelantáron con gravedad ácia la puerta, Sussex seguido de Tresilian, de Blount y de Raleigh, y Leicester de Varney únicamente. El orgullo de Leicester tuvo que ceder á la etiqueta de la corte, y saludando á su rival con aire grave y solemne, se detuvo para cederle el paso, como á par mas antiguo. Tresilian y Blount quisieron seguirle, pero el portero les rehusó la entrada, diciendoles que no podia dejar pasar sino á los que contenia una lista que habia recibido. Raleigh, viendo que sus compañeros habian sido rechazados, se quedaba atras, y notandolo el mismo portero le dijo:

— En cuanto á vm., señor, vm. puede entrar; y siguió al conde de Sussex.

— Sigüeme, Varney, dijo el conde de Leicester que se habia detenido á ver entrar á Sussex; y adelantandose ácia la puerta iba á entrar, cuando Varney que le seguia paso á paso, y estaba vestido enteramente á la moda de aquella época, fué detenido por el portero, como Tresilian y Blount lo habian sido poco ántes.

— ¿Que quiere decir esto, señor Bowier? dijo el conde de Leicester; ¿sabe vm. quien soy yo? ¿ignora vm. que el señor está conmigo y es amigo mio?

— Vuestra señoría me perdonará, res-

pondió el portero con firmeza, pero las órdenes que he recibido son precisas, y es mi obligacion ejecutarlas con exactitud.

— Eres un bribon, dijo Leicester subiendo la sangre á la cabeza, y obras con mucha parcialidad. ¿Te atreves á hacerme una afrenta, despues de dejar pasar á un hombre de la comitiva de Sussex?

— Milord, respondió Bowier, el señor Raleigh está ahora al servicio de su magestad, y mis órdenes no le comprenden.

— ¡Eres un miserable, un ingrato! dijo Leicester; pero el que te ha dado la plaza te la podrá quitar, y no abusarás largo tiempo de tu autoridad.

Olvidando su discrecion y su política ordinaria, pronunció en voz alta estas palabras, y despues entrando en la sala de audiencia, saludó respetuosamente á la reina, que, vestida aun con mayor magnificencia que la acostumbrada, y rodeada de los guerreros y los hombres de estado que con su valor y su sabiduría han immortalizado su reinado, estaba pronta á recibir los homenajes de sus súbditos. Correspondió con un aire gracioso al saludo del conde su favorito, y mirando alternativamente á Sussex y á él, se disponia al parecer á dirigirles la palabra, cuando Bowier, no pudiendo digerir el insulto que Lei-

cester le habia hecho públicamente mientras desempeñaba sus funciones, se adelantó con su vara negra en la mano, y se arrodilló delante de ella.

— ¿Que es esto, Bowier? dijo Isabel, ¿de que se trata? me parece que pudieras haber escogido otro momento mas á propósito para darme esta prueba de respeto.

— Graciosa soberana, respondió él mientras todos los cortesanos se admiraban de su audacia, vengo á preguntaros si en el ejercicio de mis funciones debo obedecer á las órdenes de vuestra magestad, ó á las del conde de Leicester, que acaba de amenazarme públicamente, y me ha dirigido palabras insultantes, porque he rehusado dejar entrar un hombre de su comitiva, en virtud de la orden precisa de vuestra magestad.

El genio de Enrique VIII fermentó al momento en las venas de su hija, que se inclinó ácia Leicester con un aire de severidad que le hizo perder el color, igualmente que á todos los amigos que tenia en la sala de audiencia.

— ¡Por la muerte de Dios! milord, dijo, pues esta era su exclamacion favorita, ¿que quiere decir esto? Teníamos una grande opinion de vm., y le habíamos acercado por eso á nuestra persona, pero no para que oculte

vm. el sol á nuestros fieles súbditos. ¿ Quien ha dado á vm. el derecho de contradecir nuestras órdenes, y de inspeccionar á los oficiales de nuestra casa? No hay en esta corte, en este reino, sino una ama, y yo no sufriré que haya un amo. Cuidado con que Bowier sufra el menor perjuicio por haber cumplido exactamente mis mandatos, pues le haré á vm. responsable.... Bowier, vayase vm., no tema vm. nada; ha obrado vm. como hombre de bien y fiel súbdito. No tenemos aquí alcalde de casa y corté.

Al decir esto, le alargó la mano. Bowier la besó, y volvió á su puesto, sorprendido del éxito de su audacia. Una alegre sonrisa se manifestó entónces en el semblante de los partidarios de Sussex, y los de Leicester bajaron los ojos llenos de confusion, miéntras él con la mayor humildad ni aun pronunció siquiera una sola palabra para tratar de disculparse.

Obró en eso con suma prudencia: la política de Isabel queria humillarle, pero no desgraciarle; y era ventajoso dejarla satisfacerse desplegando su autoridad sin oponerse y replicarla. Habiendo representado la reina el papel que exigia su dignidad ofendida, Isabel no tardó en compadecerse del favorito á quien acababa de mortificar. Su vista penetrante habia notado de que modo se felicitaban mu-

tuamente por señas los que favorecian á Sussex, y no entraba en su política acordar los honores de un triunfo decidido á ninguno de los dos partidos.

— Lo que digo á lord Leicester, añadió despues de un corto silencio, se lo digo á vm. tambien, lord Sussex; vm. tambien se presenta en la corte de Inglaterra al frente de una faccion que reconoce en vm. su gefe.

— Mis amigos, graciosa soberana, dijo Sussex, se han manifestado, en verdad, para sostener la causa de vuestra magestad en Irlanda, en Escocia, y contra los rebeldes del Norte; pero ignoro en que.....

— ¡Silencio, milord! dijo la reina interrumpiendole. ¿ Quiere vm. entrar en disputas conmigo? La modestia de Leicester hubiera debido enseñar á vm. á callar cuando le hago un cargo. Le digo á vm., milord, que la prudencia de mi abuelo y de mi padre ha prohibido á los nobles de este país civilizado viajar con tales comitivas de hombres armados. ¿ Creen vms. que, porque tengo faldas, se ha convertido el cetro en rueca entre mis manos? Sepan vms. que ningun rey de la cristiandad se halla menos dispuesto que la que habla á sufrir que su pueblo sea oprimido, su autoridad desconocida, la paz del reino turbada por causa de la arrogancia escesiva de quien-

quiera que sea. Lord Leicester, lord Sussex, ordeno á vms. que sean amigos, ó aseguro, á fé de reina de Inglaterra, que se grangearán un enemigo demasiado fuerte y poderoso para vms.

— Señora, dijo el conde de Leicester, vuestra magestad es la fuente de todo honor, y debe saber que es lo que exige el mio: le pongo á disposicion de vuestra magestad, y solo me permitiré añadir que la discordia que existe entre lord Sussex y yo no es obra mia, y que no ha podido mirarme como enemigo sino despues de haberme insultado y ultrajado.

— Por mi parte, señora, dijo el conde de Sussex, estoy pronto á conformarme con vuestras órdenes soberanas; pero me alegraría mucho de que lord Leicester tuviese á bien decirme en que le he insultado y ultrajado, para servirme de sus mismos términos, pues mi boca no ha proferido una sola palabra que no esté pronto á sostener á pié ó á caballo.

— Y yo, dijo Leicester, con el beneplácito siempre de mi graciosa soberana, diré que mi brazo está tan pronto á justificar mis palabras, como cualquiera que se haya llamado Ratcliffé.

— Milores, dijo la reina, semejantes dis-

ursos no deben pronunciarse en nuestra presencia, y si no pueden vms. reprimir su animosidad, sabremos encontrar los medios de impedir que se entreguen vms. á ella. Dense vms. las manos, milores, prometiendome olvidar todas sus disensiones.

Los dos enemigos se miraron el uno al otro con irresolucion, y ninguno de ellos al parecer queria dar el primer paso para obedecer á la reina.

— Sussex, dijo Isabel, suplico á vm. hacerlo; Leicester, se lo ordeno á vm.

Y al mismo tiempo el acento con que pronunció estas palabras daba á la súplica el tono de una orden, y á la orden el de una súplica. Quedaron sin embargo inmóviles. La reina entónces, alzando la voz de modo que manifestaba su impaciencia y una voluntad absoluta, llamó á un oficial de su conitiva.

— Sir Enrique Lee, le dijo, dé vm. orden de aprestar un piquete de mis guardias, y una barca que pueda partir al momento. Lord Sussex, lord Leicester, vuelvo á ordenar á vms. que se den la mano, y ¡por la muerte de Dios! el que vacile en obedecerme comerá el pan de municion en mi torre de Londres ántes de volver á mi presencia. ¡Yo sabré humillar ese orgullo ántes de separarnos, á fé de reina de Inglaterra!

— La prision podria soportarse , dijo Leicester ; pero verse desterrado de la presencia de vuestra magestad , seria perder al mismo tiempo la luz y la vida. Sussex , he aquí mi mano.

— He aquí la mia ; la ofrezco á vm. , dijo Sussex , con franqueza y con lealtad ; pero...

— No hay que añadir una sola palabra ; dijo la reina ; muy bien , eso queria yo ver tan solo , añadió mirandolos con ojos mas favorables. Cuando estan unidos los pastores , el ganado paze con mas tranquilidad. Diré á vms. , milores , con toda franqueza , que sus disensiones han causado estraños desórdenes entre las gentes que les son adictas. Lord Leicester , ¿ tiene vm. á su servicio un tal Varney ?

— Sí , señora , le he presentado á vuestra magestad , y ha tenido el honor de besaros la mano en vuestro último viage á Nonsuch.

— Me acuerdo. Su exterior no es desagradable , pero no me parece bastante buen mozo para disculpar á una señorita de ilustre cuna , que sacrifica por él su honor haciendose su querida : esto es sin embargo lo que sucede. Ese tal Varney ha seducido la hija de un honrado caballero del Devonshire , de sir Hugo Robsart de Lidcote , y la señorita ha abandonado por él la casa de su anciano padre.

¿ Que es eso , lord Leicester ? ¿ se desmaya vm. ? tiene vm. cara de difunto.

— No , señora , respondió Leicester. Y necesitó esforzarse mucho para poder pronunciar estas dos palabras.

— Sí , por cierto , se desmaya vm. , continuó la reina acercandose á él con el mas vivo interes. Que busquen á Masters , que llamen al cirujano de servicio : ¿ en donde estan ? Su descuido nos dejará perder al que forma el orgullo de nuestra corte. ¿ Es posible , Leicester , añadió mirandole con la mayor dulzura , que el temor de habernos desagradado haya producido en vm. tal efecto ? Tranquílicese vm. , noble Dudley ; no pensamos en hacerle responsable de las faltas de un hombre que está al servicio de vm. ; sabemos que los pensamientos de vm. se hallan ocupados diferentemente. El que quiere trepar hasta el nido de la águila no echa de ver á los que buscan pardillos en los matorrales que estan al pié de la roca.

— ¿ Lo oye vm. ? dijo Sussex al oido á Raleigh ; preciso es que el diablo le ayude : lo que bastaria para hundir á cualquier otro cien brazas dentro del mar , no hace sino ponerle mas á flor de agua. Si alguno de mis oficiales hubiera hecho otro tanto....

— ¡ Silencio , milord ! dijo Raleigh ; por